

René Descartes. *Meditaciones metafísicas*. “Tercera meditación”

Con el nombre de Dios entiendo una sustancia infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente, todopoderosa, y por la que yo mismo, y todas las demás cosas que existen (si es verdad que hay algunas que existen), han sido creadas y producidas. Ahora bien, estas ventajas son tan grandes y tan eminentes, que cuanto más atentamente las considero, menos me persuado de que la idea que tengo de ellas pueda originarse sólo de mí. Y por consiguiente, de todo lo que he dicho antes es preciso concluir necesariamente que Dios existe; porque, aunque la idea de sustancia esté en mí por el mismo hecho de que soy una sustancia, sin embargo yo, que soy un ser finito, no tendría la idea de una sustancia infinita si no hubiera sido puesta en mí por alguna sustancia que fuera verdaderamente infinita.

Y no debo imaginarme que no concibo el infinito mediante una verdadera idea, sino sólo mediante la negación de lo que es finito, de la misma manera que comprendo el reposo y las tinieblas mediante la negación del movimiento y de la luz; porque, por el contrario, veo con evidencia que se encuentra más realidad en la sustancia infinita que en la sustancia finita, y que, por lo tanto, de alguna manera tengo primeramente en mí la noción de lo infinito que de lo finito, es decir, de Dios que de mí mismo. Porque ¿cómo sería posible que pudiese conocer que dudo y que deseo, es decir, que me falta algo y que no soy por completo perfecto, si no tuviese en mí ninguna idea de un ser más perfecto que el mío por cuya comparación conociera los defectos de mi naturaleza?

[...]

Por esto quiero ahora pasar adelante y considerar si yo mismo, que tengo esta idea de Dios, podría ser en el caso en que no hubiese Dios. Y pregunto ¿de quién tendría yo mi existencia? Tal vez de mí mismo, o de mis padres, o bien de algunas otras causas menos perfectas que Dios; porque no se puede imaginar nada más perfecto, ni siquiera igual a Él.

Ahora bien, si yo fuera independiente de todo lo demás, y fuese yo mismo el autor de mi ser, en verdad no dudaría de nada, no concebiría más deseos y, en fin, no me faltaría ninguna perfección; porque me hubiera dado a mí mismo todas aquellas de las que tengo en mí alguna idea, y sería así Dios.

[...]

¿Podría ser también que ese ser del cual dependo no fuera el que yo llamo Dios, y que yo hubiera sido producido, ya sea por mis padres, ya por algunas otras causas menos perfectas que él? No, eso no puede ser así. Porque, como lo he dicho ya antes, es una cosa muy evidente que debe haber al menos tanta realidad en la causa como en su efecto. Y por lo tanto, puesto que soy una cosa que piensa y que tengo en mí alguna idea de Dios, cualquiera que sea, en fin, la causa que se le atribuya a mi naturaleza, hay que confesar necesariamente que debe ser de igual manera una cosa que piense, y que debe poseer en sí la idea de todas las perfecciones que le atribuyo

a la naturaleza Divina. Después se puede investigar de nuevo si esta causa obtiene su origen y su existencia de sí misma o de alguna otra cosa. Porque si la obtiene de sí misma, se sigue, por las razones que presenté antes, que debe ser Dios; porque al tener la virtud de ser y de existir por sí, debe también tener sin duda el poder para poseer actualmente todas las perfecciones cuyas ideas concibe, es decir, todas aquellas que yo concibo que hay en Dios. Y si ella obtiene su existencia de alguna otra causa distinta de ella, se preguntará una vez más, por la misma razón, si esa segunda causa es por sí o por otra, hasta que se llegue al fin de grado en grado a una última causa que se encontrará que es Dios. Y es muy evidente que en ello no puede haber progreso al infinito, dado que aquí no se trata tanto de la causa que me ha producido antes, cuanto de aquella que me conserva actualmente.

[...]

Sólo me queda por examinar de qué manera he adquirido esa idea. Porque no la he recibido por los sentidos, y jamás se me ha ofrecido en contra de lo que esperaba, como lo hacen las ideas de las cosas sensibles cuando tales cosas se presentan, o pretenden presentarse, a los órganos exteriores de mis sentidos. Tampoco es una pura producción o ficción de mi espíritu; porque no está en mi poder el disminuirle o añadirle nada. Y, por consiguiente, no queda más qué decir sino que, al igual que la idea de mí mismo, ella nació y fue producida conmigo desde que fui creado.

Es cierto que no debe parecer extraño que Dios, al crearme, haya puesto en mí esta idea para que fuera como la marca del obrero impresa sobre su obra; y tampoco es necesario que esta marca sea algo diferente de esa misma obra. Pero por el solo hecho de que Dios me haya creado, es muy creíble que de alguna manera me haya producido a su imagen y semejanza, y que yo conciba esa semejanza (en la que se encuentra contenida la idea de Dios) con la misma facultad por la cual me concibo a mí mismo; es decir, que cuando reflexiono sobre mí, no sólo conozco que soy una cosa imperfecta, incompleta y dependiente de otro, que tiende y aspira sin cesar a algo mejor y mayor de lo que soy, sino que conozco también, al mismo tiempo, que aquel de quien dependo posee en sí todas esas grandes cosas a las que aspiro y cuyas ideas encuentro en mí, no de manera indefinida y sólo en potencia, sino que goza de ellas en efecto, actual e infinitamente, y que es así Dios. Y toda la fuerza del argumento que he utilizado aquí para probar la existencia de Dios, consiste en que reconozco que no sería posible que mi naturaleza fuese tal como es, es decir, que tuviese en mí la idea de un Dios, si Dios no existiese verdaderamente; ese mismo Dios, digo, cuya idea está en mí, es decir, que posee esas elevadas perfecciones de las cuales nuestro espíritu puede muy bien tener alguna idea, sin comprenderlas sin embargo a todas, y que no está sujeto a ningún defecto, ni tiene nada de aquello que señala alguna imperfección.